

sar a tierra, pues en este estado no podían subir al buque.

En el viaje me hice amigo de uno de los marineros que hablaba español; era joven y muy simpático. Cuando supo que yo iba para San José, me dijo: Yo soy josefino, me llamo N. Bolandi; le voy a suplicar me lleve una carta para mi familia, y la víspera de la llegada a Puntarenas me dio la carta, la cual hice entregar por conducto de un amigo del cual hablaré después.

Como sucede en todos los puertos, los que iban por pasajeros y equipajes formaron un barullo infernal a bordo disputándose los pasajeros.

Había mucha gente, sobre todo en la cantina del hotel.

Allí se encontró mi padre con un señor Adolfo Calderón, el cual le dijo: No se preocupe por nada, yo le consigo carreta para que le lleven el equipaje a San José y mulas para usted y sus hijos. A poco rato se presentó un señor Carmona que tenía bestias de alquiler y no sólo dio las que nosotros íbamos a ocupar sino que le dio otra mula a Mister Trece y también a los dos españoles.

En la cantina se expendían muchos licores, cerveza helada, frescos de frutas y un salpicón muy provocativo, porque el calor era insoportable. A mí me provocaba mucho tomarme un saipicón, pero tanto el señor Calderón como mi padre (que probablemente me conocieron la gana) me dijeron que no fuera a tomar